

➤ Jardón de manos del Rey Gustavo V de Suecia. Y escueta también su respuesta: «Hoy Suecia se vuelve hacia la lejana América íbera para honrarla en uno de los muchos trabajadores de su cultura... Por una venturanza que me sobrepasa, soy en este momento la voz directa de los poetas de mi raza y la indirecta de las muy nobles lenguas española y portuguesa».

Había llegado a Estocolmo desde Petrópolis (Brasil) muy poco antes: se enteró de la noticia en la radio antes que oficialmente. Si quería atender la ceremonia –y sí quería–, tenía el tiempo justo para emprender un viaje de casi veintidós días, enésimo en su vida trashumante pero dotado de una valía que cambiaría su destino: en lo literario, el Nobel era reconocimiento, proyección internacional y traducción de su obra; en lo personal, un destello luminoso en una etapa sombría. Porque el negro de su atuendo en aquella ceremonia reflejaba un doble duelo todavía reciente: había perdido a su amigo escritor Stefan Zweig, que se suicidó en febrero de 1942 a pocas manzanas de su casa; y solo año y medio después, su propio hijo de dieciocho años, Juan Miguel Godoy –para Gabriela Yin–, también se quitó la vida. «De este destrozó íntimo yo no podré rehacerme», escribió.

Indirectamente, el Nobel concedió a Gabriela un nuevo amor, que halló en la norteamericana Doris Dana, compañera de viaje hasta la muerte de la escritora, en 1957, en la ciudad de Nueva York, donde ambas residieron los últimos años. Y una década después, también significó su cuarto y último poemario publicado en vida, al que bautizó 'Lagar' y del que siempre se mostró orgullosa: no sólo era el primer libro de poemas inéditos que la autora publicaba en Chile; según algunas voces expertas, era también el mejor. Para la escritora mexicana Rosario Castellanos, en 'Lagar' las cualidades poéticas de Mistral alcanzan la plenitud, y sus imágenes, metáforas y conceptos siempre aciertan. En el poema 'Atardecer', Gabriela avanza un final irremisible que despacio se avecina: «Siento mi corazón en la dulzura / fundirse como ceras: son un óleo tardo / y no un vino mis venas, / y siento que mi vida se va huyendo / callada y dulce como la gacela». «Las palabras son las mismas con las que Gabriela nombró, desde el principio, la belleza. Pero el misterio late más allá», puntualizó Castellanos.

Mistral habla de mujeres y naturaleza en 'Lagar', del tiempo y su paso irremisible y de los estados del ser que ella sabiamen-



Juan Ramón Jiménez, en su viaje a Argentina y Uruguay, con Mistral.

MARCOS CHAMUDES / COLECCION DEL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL DE CHILE

te describe. Eternamente viajera, su espíritu errático se trasluce en sus poemas, que ella funde simbólicamente en un afán de libertad. «Entre los gestos del mundo / recibí el que dan las puertas (...) / ¿Por qué fue que las hicimos / para ser sus prisioneras?».

#### Extensa y valiosa obra en prosa

Pero no solo fue poeta Gabriela Mistral, y su obra en prosa es tan

El negro de su atuendo en la ceremonia refleja un duelo reciente: había perdido a su amigo Stefan Zweig, que se suicidó en febrero de 1942 a unas manzanas de su casa

valiosa como su lírica, si bien más extensa; y seguro que la Academia sueca la tuvo en cuenta al tomar su decisión. Así lo defiende el lingüista Pedro Luis Barcia en su ensayo 'La prosa de Gabriela Mistral', que reconoce en los fundamentos que ofreció la Academia –«símbolos idealistas y aspiraciones latinoamericanas»– una clara referencia a la prosa mistraliana. También el escritor Diego del Pozo, en el prólogo de la antología 'Por la humanidad futura', reflexiona en similar dirección: Mistral ganó el Nobel con solo tres poemarios publicados, explica, lo que hace pensar que la Academia tuvo en cuenta su obra en prosa, cercana entonces a los 400 textos.

Estamos en efecto ante un legado prosístico extenso, rico y sui géneris; con piezas de muy diversa índole que devienen en prosa poética y poemas en prosa, en cuentos o estampas, en elogios y motivos... Fue Gabriela entre otras cosas una activa periodista, con numerosos artículos y ensayos muy variados que vieron la luz habitualmente en diarios de la prensa internacional [por ejemplo en LA VERDAD]. Especial belleza e interés revisten

Carmen Conde, escritora nacida en Cartagena y primera mujer española en ingresar en la Real Academia de la Lengua, con Gabriela Mistral, que prologó su libro 'Júbilos' (1934), subtítulo 'Poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos'.

sus comentarios de libros o sus semblanzas, aportando información histórica de valor y la visión personal de la escritora. Y desde luego resulta constante en su prosa –tanto o más que en su poesía– ese rasgo de chilena errante, esa avidez insaciable por descubrir destinos, que reconocen en ella quienes la trataron.

Conviene aquí repasar su interminable periplo, que arranca, como dijimos, en México en 1922. En 1924 viajó por primera vez a Europa, pero fue dos años después cuando se instaló en Ginebra para trabajar en la Sociedad de Naciones. Tras Suiza, pequeños pueblos de Francia e Italia. En 1933 fue nombrada cónsul de Chile en Madrid; en 1936, en Oporto, y dos años más tarde, en Niza. Su carrera diplomática la llevó a Brasil en 1940, a Los Ángeles en el 45, a Santa Bárbara en el 47 y a Veracruz dos años después. Nuevo intervalo en Italia, para instalarse en Florida en 1952, y un año más tarde en Nueva York, último destino y lugar de su muerte. Gabriela compaginó sus quehaceres diplomáticos con la escritura.

«Como siempre, al cabo de dos o tres años, siento impaciencia por cambiar de sitio, por salir al mundo», admitió Palma Guillén, amiga y secretaria de Mistral en la década europea. Aquel trasiego infinito, aclaraba, era en realidad quimera: «la búsqueda, en todos los rincones del mundo, de otro valle de Elqui». Impresión similar a la de Laura Roig, maestra y compañera de Gabriela en su etapa chilena: si había una fuente nutricia para la escritora era «la madre que yace», que así llamaba la Nobel a la montaña donde nació. Nadie duda a estas alturas que la impronta viajera, con tantas gentes y destinos, influyó en su obra: «En Francia, afinó su prosa... En España adquirió la gracia de la lengua del romancero. En Italia..., bueno, en Italia yo creo que todo influyó en ella», escribió Palma Guillén.

Lo cierto es que volcó sus peregrinajes en un sinfín de palabras compuestas con mucho talento, cientos de hojas escritas donde nos dejó sus encuentros y escenarios; donde trazó biografías y trazos de su imaginario poderoso; donde esbozó sueños y anhelos, repartió cariño y elevó recuerdos. Y en cada inflexión de su pluma –que era extensión de su alma–, había un sentido, una verdad, un suave soplo ancestral de madre naturaleza: el sol y el valle, el aire o la flor, el cielo estrellado en la noche, la rama, el nido, un olor... En todo halló Gabriela respuestas.